

hermana del Sha, la princesa Ashraf. Bajtiar, descubierto, se refugia en Ginebra, donde sus buenos dineros y el apoyo de las compañías petrolíferas le permiten organizar una red contra el Sha (comparar con Ufkir).

En 1968 es arrestado por tráfico de armas en Beirut, pero se muestra tan «generoso» que el Líbano niega su extradición al Sha, que rompe sus relaciones diplomáticas con dicho país (1969). La prensa iraní denuncia «los crímenes» de Bajtiar, pero no habla jamás de las torturas ni nombra al responsable imperial. Y, sin embargo, todo el mundo en Irán sabía que Bajtiar, el torturador, estaba «cubierto» por el Sha: éste quiso (lo mismo que, más tarde, Hassan con Ufkir) hacer de él un chivo emisario. Bajtiar huye al Irak en 1970. El Sha, como

corrompido y corruptor, piensa que todo puede comprarse y que todo el mundo está a la venta. Ambos, a dúo, sitúan en los puestos claves personas de su familia: la princesa Abdallah, en Marruecos; en Irán, los jefes de los Ejércitos de Tierra (primo del Sha) y del Aire (marido de Fátima, hermana del Sha, divorciada de un americano). Ninguno de los dos tolera la más ligera crítica de personas ni periódicos.

#### COMPLICES

En el fondo, ambos desprecian la inteligencia, sobre todo cuando va emparejada con la integridad: el Sha no habla más que de «la mierda» (goh) intelectual. Ambos temen al pueblo, tienen miedo de morir como Mussolini. Alzan los hombros con odio y desdén ante lo que, para ellos, no es más que



es lógico, acusa a la oposición de estar en connivencia con Bajtiar, pero cada cual va recitando en secreto los versos vengadores de Irá Mirza, hacia 1919: «Y el Rey ladrón corre todavía...». Bajtiar fue muerto, tras haber sido abominablemente torturado («no pudieron impedirlo», diría su sucesor), en un «accidente de caza», por uno de los diecisiete agentes secretos enviados por el Sha a Irak. Después, los diecisiete fueron detenidos y ejecutados (agosto de 1970).

#### BAJO LA ALMOHADA

Desde 1949, el Sha ha escapado, por los pelos, de numerosos atentados. Uno de ellos, en 1965, fracasó sencillamente porque sus guardias de corps, a la llegada del Sha, dispararon contra la portezuela izquierda del coche imperial, siendo así que él siempre desciende por la derecha. Igual que Hassan, da gracias a Dios por haberle protegido (desde la edad de siete años, como dice en sus emotivos «souvenirs»). Recuerdo que en 1950, siendo yo agregado militar en Teherán, la modista francesa de Soraya me contó que había visto un revólver mal disimulado bajo la almohada de la Emperatriz. El Sha jamás se desplaza más que en uno de sus aviones o en uno de sus tres helicópteros (nunca se sabe en cuál de ellos viaja), y acaba de expropiar los terrenos que circundan el Parlamento para establecer en ellos un área de aterrizaje.

Al igual que Hassan, habla un francés impecable; le gusta, como a él, el fasto, la fantasía indumentaria; es, como él, insensible a los sufrimientos del pueblo; como él,

«superstición popular», es decir, la fe sincera de la gente sencilla y auténtica. Necesitan primeros ministros siempre «a sus órdenes», capaces incluso, dada la ocasión, de ser también brillantes, exquisitos, políglotas y hasta francmasones, como es el caso de Hoveida —que se mantiene en su puesto desde hace ocho años—, un cosmopolita desarraigado que se educó en Beltrán en la fe sincética de su padre.

Lo que estos autócratas quieren son cómplices, como lo fue durante tantos años Ufkir. Nos queda referirnos a una diferencia y una afinidad muy rara entre estos dos hombres, el Sha y Hassan. El Sha espera producir un día 500 millones de toneladas de petróleo (docientos sesenta este año), del que la Europa occidental ha consumido más de 600 millones en 1970. Esa es la diferencia. En cuanto a la afinidad, radica en esa actitud «celosa» con que ambos se enfrentan respecto a la memoria y a la obra de sus padres respectivos. Así, el Sha prohíbe que el nombre de su padre sea pronunciado y no acepta que se le compare con él, a no ser que la comparación le resulte ventajosa. Jamás ha querido habitar ninguno de sus palacios. Verdad es que el padre vivía en el corazón mismo de Teherán, mientras que el hijo habita a veinte kilómetros de su capital.

Paralelamente, es muy verosímil que Hassan no compruebe sin un profundo desagrado el hecho de que el retrato de su padre se encuentre colocado en lugar de honor en tantos y tantos hogares marroquíes. ■ VINCENT MONTEIL.

## Los Contem pora neos

### VENGANZA CORSA, O LA MEDALLA SEGURA

La terrible carrera del futbolista Ovejero por el campo de Ajaccio, perseguido por un corso armado de gran puñal, mientras se producía la invasión del terreno y la lluvia de piedras y botellas llenas de cerveza, nos pone una vez más en contacto con la idea de que el deporte une a los pueblos. Como la mayor parte de las grandes ideas contemporáneas, flota sobre la realidad sin conseguir adherirse a ella. Los relatos de los deportistas «superstites» de la batalla de Córcega me hacen concebir la sospecha de que las relaciones de amistad entre la novelesca isla mediterránea y Madrid no han debido mejorar nada. No he observado tampoco ninguna mejora del amor de Barcelona por Escocia, y viceversa, después de la pequeña guerra de los «rangers» de la temporada pasada. Quizá mi comprensión definitiva del fenómeno deportivo —no, que no cuenten conmigo— no sea suficiente y no me permita llegar al fondo de la cuestión. Uno tiende a explicaciones socioeconómicas, por extraña deformación, y hasta historicistas. Probablemente, éstas movían también al personaje que en las crónicas negras de Córcega aparece descrito como «el tío del puñalón»: quizá estuviera buscando venganza —venganza corsa— por lo de su compatriota ilustre, Napoleón, en Madrid. O siguiendo un «status» social... Leamos a los maestros.

John D. Lawther escribía que las comunidades con ingresos bajos están repletas de frustraciones y de contrariedades (he aquí por qué se dice que la democracia no comienza hasta los 1.000 dólares por cabeza de renta nacional) y que los jóvenes sanos y fuertes, cuando intentan escapar a sus frustraciones y sus represiones, encuentran los deportes atléticos. «En los grupos de estatuto económico inferior, los deportes atléticos se convierten en una salida para la energía comprimida. Los resentimientos y los motivos de reivindicación se expresan por el medio de sustitución de las batallas de niños en los terrenos deportivos. Si el equipo pierde, los miembros más agresivos de la comunidad pueden expresar su decepción por

protestas violentas e incluso por ataques físicos sobre los federativos, sus adversarios o sus acompañantes». («Psychology of coaching»).

Pero los que ganan son los

otros. Son, como siempre, los ricos. Véase Munich. Para los pobres, la muerte y la rencilla. Para los ricos, las medallas de oro. Será que mientras los pobres buscan sus compensaciones ideológicas en la competición, los ricos se dedican exclusivamente al deporte. ¡El fin de las ideologías! ¡El triunfo de la tecnocracia! Y para los españoles, que no somos ni pobres ni ricos, sino todo lo contrario, como dijo Mihura, dos medallas de bronce, una con coramina. ¿Por qué? Probablemente, porque no hubo pruebas de espectadores. Es un deporte que falta en las Olimpiadas. Ganaríamos la medalla de oro. De alguna forma, por algunas vías no estrictamente deportivas, se ha sucedido en España una serie de generaciones de espectadores. Ver lo que hacen otros, cómo viven los otros, es una de nuestras actitudes favoritas. Sucede incluso con el turismo: parece como si los turistas vinieran menos a vernos que a que les viésemos. «Vivir para ver», dice un viejo refrán español; parece que otros pueblos lo practican al revés: ver para vivir, ver para aprender. Nuestras grandes aportaciones a la filosofía: los quietistas y los contemplativos.

¿Cambiará todo de aquí a Montreal. Faltan cuatro años. No hay razón ninguna para suponer que pasen cosas en cuatro años. España tiene su ritmo. He leído frases y declaraciones. Por ejemplo, las de federativos y olímpicos: hay que empezar ya a preparar el equipo español de Montreal. Hay que tener los ojos puestos en esa fecha.

Yo podría hacer una modesta propuesta para conseguir con cierta facilidad una medalla de oro. La de los cien metros lisos. Inscríbese en ella a Ovejero. Estimúlese a un corso con un puñal para que corra tras él: medalla segura. Si le alcanza después de la línea de meta será una materia que no nos incumba. Será extradeportiva.

POZUELO